

Universitat de Barcelona
DUODA. Recerca de dones
Centro de Investigación de mujeres
Máster en La Política de las mujeres
Ciudad de México 2023
Maestra y tutora: María-Milagros Rivera Garretas

Mediación de lectura en femenino libre

Ser una puente: volver a la práctica mediadora de la madre

Michelle Susana Silveira Angeles

deseo: origen

Habitar el origen. Estar cerca del inicio. La respiración es el cosmos de la existencia. El gran sonido del útero. Dicen que todo el mundo necesita habitar: habitar un lugar, habitar una ciudad, habitar... Habitar el origen implica escuchar el eco acuoso de la mar. ¿Deshabitada? No se llega al principio. Se tiene origen. Se olvida. Se cree otro relato. Hay caos simbólico. Desorden. Nunca hay orilla. No hay nada que construir. Habitar el origen es abrir el ombligo y seguir la raíz. Recordar las palabras en lengua materna para nombrar cada respiro. No hay abismo. Habitar es saberse y sentirse. Quizá hubo extravío. Pero hay origen. Habitar es encontrar el centro que nació de ella. Es la revelación del primer significado. No hacer de los espacios mis entornos cotidianos. Habitar es volver y ser origen porque ella siempre ha estado antes.

Transito en el sendero de encontrar mi deseo. Ese deseo que siento de hablar desde la entraña. Un deseo que nace con Ella porque si no ha nacido de ella como pudo nacer en mí. Siento este deseo como una espiral. Y confío en este deseo que viene del ombligo-origen porque me siento guiada por Ellas, las escucho cuando tomo café y las sueño por las noches.

Y me voy dejando ir como las aguas de una cuenca, acompañada y mediada por mi genealogía femenina, impulsada por las maestras de Duoda que con sus experiencias sexuadas me han iniciado en el deseo de encontrar mi propio placer después del *Final del patriarcado* (Mujeres de la Librería de Milán). Un placer que busca recuperar la abundancia de la relación con mi madre, mi abuela y por tanto con mi bisabuela y que estaba oculta bajo el encantamiento del falso neutro masculino y del delirio contenido en el relato del origen paterno. Un relato que me creí y que me llevó a convertirme en una *mujer emancipada* de la que habla María-Milagros Rivera Garretas.

Esta inmersión a las aguas saladas me invita a sentir ese sabor inconfundible de las *aguas de Tiamat* (Barbara Verzini). Quizá por momentos haya confusión, pero me siento guiada, y voy adentrándome en las aguas madres para encontrar los susurros fértiles que me lleven a la certeza de la mediación y autoridad femeninas como semilla nunca de mi ser mujer, sexuada.

Porque una siempre vuelve al origen. Porque una cree que no tiene origen. Una cree que está des-madrada, es decir, sin madre. Yo creí haberme quedado huérfana cuando murió mi padre. ¿Cedí mi poder simbólico a un hombre? Sentí que no entendía el mundo. Comencé a percibir una fragmentación entre mi cuerpo y mi mente. En ese momento, después de la muerte de mi padre, vino en mí, un desorden que se hizo una crisis, una falta de continuidad en mi relato de vida. Ahora sé, que no fue la muerte de mi padre la que me hizo sentir rota sino la partida de mi madre, una partida más que física, simbólica. Mi madre no sólo salió a trabajar del amanecer al anochecer sino que la cercanía de esa relación que había sido fecunda se estaba esfumando debido a la muerte de mi padre. Aquí se generó una grieta. No sabía cómo seguir nutriendo esa relación originaria.

Durante noches largas me pasé extraviada, buscando respuestas en la cultura masculina. Sin embargo, mis experiencias siempre me volvieron a Ella.

Deseo -como hija- recorrer las revelaciones aromáticas que vienen a mi piel cuando hablo de mi madre para retomar el tejido de esa relación creadora que da *orden simbólico* (Luisa Muraro) y de la cual en mi práctica como mediadora de lectura y pedagoga nunca había estado considerada. Tengo certeza que el placer que siento por la mediación de lectura tiene que ver con mis raíces femeninas maternas originales, no con lo masculino.

Busco recuperar esos dones y misterios que germinan desde niña y que he ido olvidando. Ella, mi madre, está antes, así que ese placer que nace en mí como una práctica que no sólo es un trabajo sino una manera de estar y hacer mundo ha potenciado muchas preguntas sobre la presencia que mi madre ha tenido en mi deseo pedagógico. Más allá de la *violencia hermenéutica* (María-Milagros Rivera Garretas) sé que mi madre me presentó al mundo pero ¿cómo ha sido ese relacionamiento, que mi madre tiene tanta influencia en que yo sea una mediadora de lectura, aún, frente a la herida de haberla culpado de ceder su poder simbólico a mi hermano?

Y doy vueltas en esta espiral para llegar a mi deseo, tratando también de deshilarlo y volverlo a tejer o a bordar. Este trabajo, entonces, es una manera de resignificar mi práctica de vida como mediadora de lectura en relación a mi primera mediadora del mundo, mi madre y dejar de hablar en el falso neutro masculino que no me abarca. ¡Estoy lista para reanudar el vínculo vital entre la mediación de lectura y la madre, mi madre porque no sólo es una necesidad sino un deseo!

La necesidad y dificultad de pensar en lo que hago lo detonó Diana Sartori, al notar que tiene que ver con el esfuerzo de poner palabras lo que tiene que ver con *el esfuerzo de ponerle palabras a la presencia muda. Por suerte, a veces en lo que hacemos hay ya un signo de sentido más fuerte de lo que pensamos.*

Es desde la palabra donde comienzan las preguntas para saber lo que hacemos o para pensar lo que hacemos. Si bien, el pensamiento del pensamiento se ha encargado de estudiar y vincular la acción y la palabra, lo hace desde ese lugar, desde el pensamiento; por lo tanto, hay una jerarquía en la que se está acostumbrada a indagar, a decir. ¿Cómo escapar al pensamiento cuando se hablar de hacer? Reconozco pasar muchos años sin saberme como mujer -conscientemente- y fui absorbida por la falsa neutralidad masculina.

He sentido el deseo de escribir sobre la mediación de lectura porque deseo hablar de mi madre, pero no cualquier mediación de lectura, sino la que tiene en cuenta a la madre y la que nos potencia a una lectura de mundo en lengua materna. No se trata de ser cualquier puente. Se trata de ser una puente femenina.

Volver, relatar y colocar en el corazón

Dice Diana Sartori que hay que pensar en lo que hacemos y para eso hay que volver. *Que el primer volver libera de la obligación del nombre del Nombre del Padre, y ¡viva! Pero también vincula con un orden materno, y la madre da libertad pero es exigente.*

Aprendí de mi madre el orden desde el hacer. Era Ella, quien daba importancia al orden. Solía decir que la pobreza nada tenía que ver con el orden. Que el orden en la casa, en las cosas y en el pensamiento provocaba una energía más libre. Yo no entendía que quería decirme pero le creí, confié en su palabra.

Al entrar al mundo masculino de la preparatoria comencé a criticarla por lo que yo llamaba “una obsesión innecesaria por el orden”. Dejé de creerle. Me fui inclinando por la idea de que era el mundo de afuera, el mundo de los hombres el que tenía el orden, el orden que importaba.

Cuando murió mi padre, yo tenía doce años. Mi padre era escenógrafo, utilero y técnico de Teatro. Desde pequeña lo miraba pintar, dibujar, crear. La mayoría de los libros en

casa eran suyos. La relación que establecí con el arte se la atribuí a mi padre porque era “su mundo”. El mundo de mi madre era el orden en casa y el de trabajo manual haciendo cajas de cartón para tiendas departamentales.

Le cedí la influencia intelectual, creadora y artística a mi padre. Decía: es que si me gusta la danza, la pintura, el teatro, la literatura es por mi padre. El librero en casa era de mi padre y de ahí me acerqué al pensamiento de izquierda, a la sexualidad tántrica, a la *falosofía* existencialista.

Me sostuve del desorden provocado por la muerte de mi padre que trajo consigo el desorden de mi hermano de querer ser un patriarca. Tuve años en la juventud que exploré la oscuridad fascinadamente, hurgando en el sufrimiento. Fueron los maestros sobre todo, en la escuela, quienes me abrieron las puertas a las letras de escritores, filósofos y educadores que transitaron por la autodestrucción como una potencialidad de creación. Me creí que esa era la manera de convertir la miseria en algo. Seguir siendo sufrimiento. Enaltecer lo víctima que yo me percibía por padecer violencia ejercida por mi hermano.

No sé en qué momento me creí huérfana ante la muerte de mi padre. Quizá porque fue el momento en que comencé a pensarme sola, como quiere el patriarcado. Pensarme abandonada. Pensarme sin madre, incluso. Pensarme huérfana porque mi padre había muerto. ¡Vaya cosa!

Dejé que el relato de la danza se fuera a la tumba con mi padre. Yo quería ser bailarina profesional y él me había prometido que me metería a la escuela de Amalia Hernández. Murió mi padre. Se llevó su promesa y con él se llevó mi sueño de ser bailarina. ¿Eso es ceder mi poder simbólico a un hombre no? Se lo cedí, a los doce años. Y lo culpé. Lo culpé por haberse dejado morir.

Mi padre murió de cirrosis hepática. Le reclamé en su tumba haberme dejado con un hombre que no era él: mi hermano. Y después, culpé a mi madre por trabajar fuera de

casa. Me quedé ahí con el lobo feroz que ni era lobo ni feroz, sólo un hombre seis años mayor que no me amaba. Un hombre que es mi hermano. Fuera de casa nunca relaté a nadie la muerte de mi padre, la no presencia de mi madre y los golpes de mi hermano. No quería mostrarme víctima. No quería dar ese relato de mí.

En casa lloré mucho, de ese llanto que duele tanto que hasta el pecho parece que va a explotar. No supe que mi madre también sufría hasta que la escuché una noche despierta en la madrugada llorando. Después me di cuenta que también lloraba en las mañanas al despertarse. Ella sufría y tampoco le decía a otra.

La cotidianidad cambió. Mi madre me convidó sus saberes para comprar vegetales y carne, preparar la comida, pagar servicios y en general para administrar una casa. Recuerdo que fue difícil para mí salir al mundo. Tenía mucho miedo de la gente. Simbólicamente, esta vez, me sentía sola. Me experimenté sin madre. La relación con mi madre la sentí rota e irreparable. Un día tenía la herida abierta y otro cicatrizaba. Así sucesivamente.

Yo no quería la independencia con mi madre que el patriarcado exige. Yo deseaba continuar en la relación fecunda con mi madre pero no era capaz de reconocer ese deseo. Ya estaba en desorden esa relación primigenia y yo me había llenado de miedo, *el patriarcado separa a la madre de la criatura porque quiere volver impracticable el reconocimiento del origen mediante el amor de la relación paterna, de la autoridad materna, donde la madre siempre viene antes* (Barbara Verzini).

El poder que yo le otorgué a mi padre se volvió también un reproche, un resentimiento, sobre todo un deseo de pertenecer a ese mundo de hombres. Quería demostrar que no era una mujercita débil sino una mujer tan masculina, a la que creía que no le importaba el orden, sino lo real: la escuela, el conocimiento, el deporte, la palabra, las luchas sociales y estudiantiles.

Hubo separación. Y por un momento, sentí que esa relación se volvió irreparable. ¿Cómo reparar la relación primigenia entre madre e hija, entre hija y madre? Esa relación que en el origen es creadora de mundo. Sin embargo, sé, que esa relación nunca se rompió. He vuelto a Ella. Esa relación fue tocada por el patriarcado pero Ella siempre está antes.

He tardado en restituir la armonía con mi madre y en asumir que mi madre ha cedido su poder simbólico a un hombre -mi hermano-. Lo miré como una traición. Restablecer el diálogo con mi origen ha posibilitado el reconocimiento de la autoridad como mediadora de mi libertad femenina, y por lo tanto como una mujer que ha elegido la mediación de lectura como una vía para mis relacionamientos pedagógicos.

Estudié pedagogía para encontrar las rutas que tejieran un relacionamiento con el mundo más allá del patriarcal. Encontré pistas. Años después encontré el tejido pero se lo atribuí completamente a la universidad, a mi padre y a los libros. No fui capaz de mirar que mi madre fue mi gran maestra. Que ella, Macrina, usó la metodología en lengua materna para puentear la oralidad, el mundo, la palabra y la significación. Ella me trajo al mundo y me enseñó a estar en el mundo, me abrió a la creación. A la verdad. Ella me enseñó a leer el mundo en relación amorosa. Ella construyó sentidos (Graciela Montes) para mí, como lo hacen las madres, quizá con una intención no dicha pero deseada que nos lleve a *atrevernos a ser señoras de la vida, dueñas de nuestro presente y de nuestro sentir*, capaces de asumir la responsabilidad que nos corresponda (Candela Valle).

Ella, que siempre ha estado antes, me cantó, me narró, me enseñó a nombrar la realidad, me abrazó, me besó, me acarició. Me regaló la lengua materna *que hace hablar al cuerpo y junta códigos expresivos diversos pasando libremente de uno a otro de modo totalmente imprevisto, desde el sonido hasta la voz, el gesto, el contacto, la invención lúdica de palabras, este lenguaje que media nuestra primera relación con el mundo* (Elisabeth Jankowski).

Es de la madre de quien al aprender a hablar, aprendemos el mundo, que va compareciendo ante mí según mi madre le va poniendo palabras, y aprendemos la

coincidencia entre las palabras y las cosas, o sea, entre lo que se dice y lo que sea hace (María-Milagros Rivera Garretas). *Orden simbólico* le llama Luisa Muraro, porque da sentido a la realidad y la verdad.

Cada vez que recuerdo las ocasiones que negué a mi madre vienen a mí las palabras de María-Milagros Rivera Garretas cuando habla de las mujeres emancipadas que nos volvimos contra nuestra madre porque creímos que ella nos había engañado, transmitiéndonos el patriarcado. CANCELÉ mi origen. Oculté la potencia materna. Atribuí a mi madre ese miedo al mundo y me olvidé de la relación fecunda.

Después de estudiar pedagogía, recorrí caminos para encontrar la cuenca que me llevaría a un relacionamiento donde la lectura de mundo no fuera desde el poder, sino desde el sentir, una mirada que ahora sé, es femenina, una lectura nacida del ser cuerpo. Pasé varias aguas hasta que encontré la mediación de lectura. Fue ahí donde las aguas me humedecieron deliciosamente y me sentí libre. Sentí placer, ese placer clitórico, que es femenino y que va siempre acompañado del Misterio, como dice María-Milagros. Me reconocí ahí.

En un encuentro virtual, María-Milagros habló sobre la necesidad de la mediación en la vida. Nunca antes de las pensadoras de la diferencia sexual había escuchado y leído tanto sobre mediación. Así que ahora el reto consistía en ser capaz de distinguir cual es la mediación necesaria para mí. La maestra dijo que la lengua materna no se pierde, se guarda, que existe en la lengua de la madre, que es una relación y que depende de las madres. Que no sabríamos hacer simbólico si no tenemos lengua materna.

el universo tiene cuerpa de mujer
y en nuestra cuerpa habita el universo
sus galaxias traviesas
sus lunas que nacen y crecen
espiral de ser cuerpas
los efectos cuánticos de ser cuerpas
hay un *insight* en el embarazo, dicen:

cuando una mujer tiene dentro a otra mujer
se da cuenta que ama a otra mujer
esa otra mujer
que crece dentro
con sensaciones propias
encarnadas en el vientre de esa mujer
que es cometa
de humedad y piel
de meteoritos que explotan
en el momento de la separación física
y surge la diferencia
la posibilidad de amarse
dos mujeres

una mujer habitó en el vientre de otra mujer
toda mujer habitó en el vientre de otra mujer
y esa mujer supo que amar es en el vientre
como si fuera una danza cósmica
en la que brota el vínculo madre-hija
el vínculo mujer-mujer
un vínculo creación

mi madre me comenzó a parir
desde que nací

y fue un huracán que hizo caos
con sus palabras
sus silencios

e imagino que la escuché
y me invento que sentí lo que ella sentía
en esa separación

yo soy tu universo
y germinas partículas desde mi ombligo
que se esparcen

e iluminan mis ojos
tus ojos
nuestros ojos

y ahí estuvimos
y ahí estamos
yo agarrada a ti, universo
tú agarrada a mí, universo
como nos sostenemos los cuerpos en el cataclismo

Vinieron a mí algunas revelaciones. Una de ellas es que, aún no sé del todo, voy restituyendo, andando, sanando, pero hago mediación de lectura porque mi madre me enseñó la relación con el mundo desde la lengua materna. Desde el amor. Lo aprendí así y aunque pretendí olvidarlo, es el deseo que ha germinado en mí desde que era niña, que ya jugaba a ser una guía, maestra, mediadora. Cuando encontré la mediación de lectura como un trabajo pedagógico, sentí el permiso, incluso en las contradicciones de la libertad femenina. Porque la pregunta *¿que me habría gustado a mí que hiciera mi madre?* (María-Milagros Rivera Garretas), siempre ha sido una tentación de los restos del *Final del patriarcado* (Mujeres de la Librería de Milán) y acudo a ella cada vez menos. Así son las contradicciones. No es lineal.

Para hablar de la mediación de lectura, entonces, he dado esta *vuelta al origen* (Diana Sartori). El patriarcado busca que yo encuentre el tejido de la vida en las referencias masculinas para reafirmar la repetición de la ruptura en la relación de la madre e hija.

Pensar lo que hago implica también, tomar conciencia, situarme en la diferencia sexual para saber que se trata de hacer una mediación de lectura que tiene en cuenta a la madre y que se trata de hacer mediación de lectura como la hacen las madres, siguiendo a Milagros. Una mediación de lectura que no niega la relación de autoridad materna, ni renuncia a la verdad y que tiene la lengua materna cuando nombra lo que se siente y lo que es. Porque hacer mediación de lectura se trata de estar en relación con otras y tratar de poner orden en la vida -a partir de sí- desde el pensamiento de la experiencia.

Ser una puente: volver a la práctica mediadora de la madre

La lectura es eso que la madre ya nos enseñó porque fue la primera que nos ha puesto en relación con el mundo. La lectura que se hace cuerpo porque no es sólo razón, sino sentires, pensares, historias y sí estereotipos, atributos, roles, violencias, creencias, costumbres. Porque la lectura del mundo depende en gran medida de lo que hemos incorporado en nosotras. Dice Elisabeth Sahtouris, una bióloga evolutiva futuróloga, que la mirada de mundo se parece a los jardines. Es decir, jardines que son sembrados en nosotras desde niñas. Menciona que gradualmente podemos tomar el control (o no) para seguirlos cultivando. O sea, que podemos cambiar esos jardines, podemos podarlos y ponerles más semillas.

¿Qué significa hacer mediación? La mediación es algo que pone en relación dos cosas que antes no estaban en relación o cuya relación se había roto. Este algo puede ser creado en una conversación, un gesto de las manos, un entredós, un beso, una palabra, un regalo... Suele consistir en la invención de una relación nueva que quería venir al mundo –a mi mundo- pero no lo conseguía (María-Milagros Rivera Garretas). Eso hace la madre, mi madre también, que es mujer nacida de mujer. Me puso en relación con el mundo y lo sigue haciendo.

Esta acción que el patriarcado ha querido que olvidemos, es originaria, así que, el hacer mediación de lectura es casi una extensión de lo que la madre hace con sus crías. Así que como dice María-Milagros, “La mediación es femenina porque soy yo, una mujer” nacida de mujer.

¿Cómo nombrar el mundo en femenino? ¿Cómo traer mi lectura del mundo desde mi lengua materna poniendo en el centro a mi madre? ¿Cómo hacer que las palabras con las que voy nombrando al mundo sean femeninas y no del Patriarcado? Mi madre dibujó esos puentes. Y un día los fui olvidando. Pero no del todo. Leer el mundo en femenino es una intención que arropo cada día porque me implica recordar mi lengua materna. Traer al presente que mi madre ha sido una puente que ha dibujado puentes amorosos de relacionamiento con el mundo, la verdad, mi genealogía. Traigo a colación el poema

Puentes de Elsa Bornemann, una escritora Argentina que fue censurada por la dictadura de su país:

Yo dibujo puentes
para que me encuentres
un puente de tela
con mis acuarelas.
Un puente colgante
de tiza brillante.

Puentes de madera
con lápiz de cera.
Puentes levadizos,
plateados, cobrizos.
Puentes irrompibles,
de piedra, invisibles.

-Y tú... ¡quién creyera!
No los ves ni siquiera.
Hago cien, diez, uno...
¡No cruzas ninguno!

Mas... como te quiero...
dibujo y espero.
¡Bellos, bellos puentes
para que me encuentres!

Como mujer, pedagoga y mediadora de lectura la palabra puentes me hace recordar a mi madre. Ha sido en la pedagogía crítica y la educación popular donde nace la afirmación de ser lectores de mundo. No había diferencia sexual. No se nombra a las mujeres como lectoras de mundo. Y sin embargo, volviendo la memoria a la puente de mi madre, encuentro que ella me imaginó antes y deseó una niña. Tenía tanta lucidez en la diferencia sexual que comenzó a germinar en su ombligo a una niña como una lectora que hace mundo.

Y voy transitando en mi deseo mientras vuelvo a mi madre a quien tantas veces negué y culpé. El deseo de hacer de mi práctica de mediación de lectura una práctica sexuada que implica una lectura del mundo que no es masculina. Una lectura de mundo que no inicia con el patriarcado, ni se sostiene en el patriarcado, sino que parte del Final del patriarcado sabiendo que ahora ya ha perdido poder en nosotras como revelaron las Mujeres de la Librería de Milán en 1996.

Una lectura de mundo original que nos humedece con la autoridad femenina de notar las mentiras del relato patriarcal que ha traído mucho desorden a la significación del mundo y de la realidad. Un relato que ha dicho cosas terribles de nosotras las mujeres. Y ha puesto en el centro al padre como origen de la vida. Leer el mundo desde este delirio viene prácticamente dado por el desorden masculino: busca desaparecer a la madre como originaria del propio mundo. Esa bolsita con significados ya hechos masculinamente no son puentes.

Me permito tejer las palabras de María-Milagros con la experiencia que germina en mí para decir que entonces, la mediación de lectura en femenino tiene que ver con poner en relación algo que antes no estaba para traer el sentir -que es originario- y la experiencia en lengua materna. Es decir, una mediación de lectura que pone en una relación femenina la lectura del mundo para sentir en espiral como dice Mary Daly.

En este camino de resignificación de mi propia práctica voy hilando la mediación de lectura como una práctica que la madre ya hizo en el inicio del inicio. La mediación de lectura es una práctica femenina que ha sido cooptada por el patriarcado. Por eso, traer la mediación de lectura como una experiencia nacida de mí es una espiral de vida. Es traer el pensamiento de la experiencia a los relacionamientos con las otras, el mundo, los textos, la conversación, la pregunta.

Vuelvo a mi madre, la puente origen para decir con certeza que por ella soy un cuerpo propio. Y con ese cuerpo toco la vida y he venido leyendo el mundo orgánicamente. Hago una pausa para traer también a la gran mentira del patriarcado que ha separado la mente-

cuerpo haciéndonos creer a las mujeres, que lo ha tocado todo. Pero *el patriarcado no lo ha tocado todo* (María-Milagros Rivera Garretas) No se puede separar la mente y el cuerpo. Sólo han sido desconectados de nosotras.

Mi primera mediadora de lectura es mi madre. Ella me mostró el mundo por primera vez siendo criatura. Me fie plenamente en ella. Confié en las palabras que ella me regaló para nombrar al mundo. Palabras para sentir, olor, tocar, escuchar, adivinar, probar. Me dio *augere*, autoridad. Conocí parte del enorme mundo gracias a su mediación femenina. Ella me enseñó la *lengua materna* (de la cual habla Luisa Muraro). Ella fue una puente entre la palabra oral, la palabra escrita, el mundo, yo y las otras.

La práctica de la mediación de lectura es una posibilidad de estar en el sentir. Volver al sentir. Sentir en relación e *irme haciendo más dueña de mi propia vida*, como dice la antropóloga francesa Michèle Petit cuando habla de Leer el mundo.

Creo que las mediadoras de lectura podemos ser mediadoras entre las mujeres y el mundo -entre las niñas, los niños y el mundo-, y convidar el acto de recolección:

Ser mediadora de lectura, mientras amasas el pan o haces tortitas de lentejas con zanahoria y garbanzo. Ser mediadora de lectura mientras compras un kilo de mango ataulfo o mientras escuchas una meditación para conectar contigo misma. Ser mediadora de lectura mientras cantas en lengua de las animales. Ser mediadora de lectura cuando hay cansancio, aburrimiento y tristeza. Ser mediadora de lectura porque la abuela transmutó. Ser mediadora de lectura como se es recolectora de relatos. Ser mediadora de lectura mientras vas en el metro escurriendo en sudor. Ser mediadora de lectura con la certeza de que nadie llegará al encuentro. Ser mediadora de lectura con pánico escénico, como cuando se sale a bailar en un teatro y se ha ensayado tanto, pero aún así, hay una sensación de que no se podrá hacer nunca más. Ser mediadora de lectura aún cuando sea pandemia y haya un encierro oficialista. Ser mediadora de lectura como si fuera la primera vez. Ser mediadora de lectura cuando afuera hace calor y adentro hay sequía. Ser mediadora de lectura para vivir, porque estoy viva, porque nací de mujer, la primera mediadora de mi

origen. Ser mediadora para seguir viviendo. Leer el mundo como mujer. Amasar el pan. No hay diferencia.

Dice María-Milagros Rivera Garretas que *de la mediación nos hemos ocupado mucho las mujeres*, por eso, creo que muchas hemos encontrado en la mediación de lectura un campo fértil a nuestro goce y placer femenino. No hablo de esa mediación que busca ser un juez entre dos partes para solucionar un conflicto bélico para llegar a la paz y sus semejantes ejemplos de prácticas en lo cotidiano. Sino a esa mediación -de lectura- que implica la relación con otras mujeres, sea a partir de la lectura del mundo a partir de sí o nacida de un texto escrito por otra mujer.

Las mujeres tenemos *una capacidad creadora, una capacidad de ser dos* (María-Milagros Rivera Garretas). Una capacidad que no es obligación, mandato, ni castigo. Es una facultad propia del cuerpo sexuado de una mujer. Una capacidad que nos otorga el origen y que nos posibilita -desde el amor- la posibilidad de la mediación con las otras y el mundo. Es decir, ponerse en relación para dejarse guiar y ser guía como lo hicimos en el momento original porque el amor es el la ruta para la libertad femenina.

La mediación entonces, es un aferrarse al origen como una necesidad de continuar la acción de madre, un hacer relación. La mediación entre mujeres ha sido una práctica que no tiene innovación -y no la requiere- porque se han gestado en la historia de las mujeres. La propia autoridad femenina nace con la autoría de la vida, un reconocimiento que es de ida y vuelta hacia la madre que nos ha creado, no cualquier madre, sino a la madre propia, mi madre.

La presencia y conciencia de mi madre como autoridad femenina, me potencia a saber que la mediación de lectura implica relacionamientos. La mediación de lectura es relación de autoridad femenina, porque *reconozco autoridad en carne y hueso a mi madre, que me ha traído al mundo; del principio que ella me ha dado, que me ha hecho nacer semejante a ella, me reapropio* (Lia Cigarini).

No puedo pensar ahora en la mediación de lectura sin tomar en cuenta a Macrina, mi madre. Ella de manera intuitiva lo hizo porque tiene ha creado mundo, se ponía en relación no sólo a partir del dar a luz, sino en la creación. Ella tejía suéteres, me hacía ropa, creaba cajas de cartón y cosía telones para teatros.

Suelo sentir vergüenza de buscar rutas en referentes masculinos, libros y hombres que han escrito sobre la mediación -de lectura- para tener una guía en el andar, cuando mi madre ya lo había hecho antes. Ahora a partir de este texto que voy tejiendo para dar hilaridad a mi práctica profesional escribo también a mi madre para honrarla y agradecerle. Durante años me creí el relato falso del patriarcado y del feminismo liberal, que me llevó a fortalecer la ira y culpa hacia mi madre como heredera de mi sufrimiento.

Este ejercicio escritural es para mí un *volver a pensar en lo que hago* (Diana Sartori) y encuentro con mi madre. Creo en la mediación de lectura porque me implica crear un espacio simbólico -que no un lugar- de relacionamiento con otras, que a su vez, me posibilita crear un espacio en mi interior para dar salida a mis sentires y para dar sentido de mí misma. Un relacionamiento que abre la espiral de un relacionamiento de mí con el mundo, diferente, tomando en cuenta el *Final del patriarcado* (Mujeres de la Librería de Milán).

Inicié el transito dentro del sendero para encontrar mi deseo, pero también hay una necesidad de hablar sobre la mediación de lectura en femenino. Una necesidad por volver a la lengua materna y encontrar las palabras para leer y nombrar el mundo en femenino -sexuado. Porque estuve años enclaustrada en el falso *relato asesino* (Ursula K. Le Guin) que niega a la madre como el origen de la vida y de todo. ¿Cómo encontrar mi libertad y placer femenino en una Historia matricida?

Ahora siento un calor en la entraña que me arropa y acoge. Tengo certeza de que es mi origen porque ahora no me siento sola, nunca he estado sola, mi madre, mi abuela, mi bisabuela y una genealogía de mujeres me ha sostenido con amor. No negaré el

desorden simbólico de esta genealogía: de mi madre, mi abuela, mi bisabuela y el mío, quiero iniciar mi relato a partir de la creación y no de la violencia y la dominación.

La mediadora de lectura femenina, mujer-sexuada, gesta una relación amorosa porque busca ser una puente con las otras para que juntas hilemos nuestros sentires, no en colectivo, sino a partir de sí, en disparidad. Como mediadora de lectura en femenino libre, *lo que nos preocupa verdaderamente es la relación, la relación viva con las criaturas humanas, porque sabemos que si la relación falla, algo importante se pierde, se pone en peligro el sentido de sí* (Anna Piussi).

Voy, sumergiéndome en las aguas para encontrar mi lengua materna -que no mi idioma- y temiendo menos a la autoridad de ser una mediadora de relacionamientos donde la palabra oral y la palabra escrita es un detonante para hablar de nuestros sentires desde una mirada creadora, que nos ha sido dada en el origen a cada una.

Para mí tiene sentido crear un espacio donde las mujeres nos reunimos, donde yo -u otra mujer- lee en voz alta un texto para germinar preguntas que nos lleven a los sentires. Traer el sentir. Quizá alguna pueda tener una experiencia lectora, es decir: aquello simbólico que como mujeres lectoras (de mundo) encontramos en un libro que nos ha atravesado, que nos ha dicho algo, que nos ha susurrado una verdad; eso que se generó en esa relación que hice con el texto y que me ha posibilitado -si es que así fue- encontrarme, desencontrarme, significar, preguntar sin negarme una mujer nacida de mujer con genealogía femenina; eso que me provoca a estar en el sentir y no en la falsa fragmentación de la mente cuerpo que potencia la lectura crítica más que la experiencia vivida; eso que pasa cuando los cuerpos históricos de mujeres se relacionan y que me hace conectar con la vida.

Voy poniendo a mi madre en mi práctica de mediación de lectura, cuando me relaciono con otras mujeres, pero también cuando lo hago con niñas, niños y jóvenes. La autoridad femenina que ya me dio mi madre al nacerme voy recuperándola al nombrarme desde la

diferencia sexual en la mediación de lectura. No hago una mediación de lectura masculina.

Hago mediación de lectura porque tengo la intención creadora para ocuparme de *estar cerca del comienzo*, como lo hace Cristina Mecenero, porque así de hermoso encuentro este trabajo que implica una metodología en todo mi hacer pedagógico.

Soy mediadora de lectura y formadora de mediadoras y mediadores de lectura desde hace años. Este texto que ha nacido para encontrar mi deseo, transita también en un segundo inicio, el de relatarme como mediadora de lectura desde la diferencia sexual con un anhelo de hablar en lengua materna, de relacionarme en femenino libre. Y de encontrar textos que han escrito mujeres desde su potencia creadora, negando al patriarcado y alejándolo de su boca.

No quiero seguir siendo cómplice de los daños que ha tenido el lenguaje neutro masculino. Soy mediadora de lectura porque mi madre me lo mandó a ser.